



Sistema de evangelización parroquial

IGLESIA COMUNIDAD
Comunión - Eucaristía

Comunidad
IGLESIA UNA, SANTA CATÓLICA Y APOSTÓLICA

Arquidiócesis de Medellín



Iglesia

Encuentro personal con Cristo y con los hermanos

Comunidad

Proceso 3, Módulo 1, Tema 47

Mayores informes comité CEBs:

☺ *Email: comunioneclisial@gmail.com*

1. Acogida

2. Lectio Divina

3. Tema: IGLESIA UNA, SANTA CATÓLICA Y APOSTÓLICA

PROPÓSITO:

Acercarnos a las notas características de la iglesia: una, santa, católica y apostólica, para profundizar en el conocimiento de lo que ella es y, la misión que tiene en el mundo.

SIGNO:

Una lamina del rostro de Cristo, se divide en 6 a 8 partes como un rompecabezas y se le da a cada asistente una parte o una a cada dos, según el número y luego se les pide que formen el rompecabezas.

Se dialoga acerca de la experiencia y qué significado le dan.

Luego, el grupo se organiza en cuatro subgrupos de trabajo. Se le entregará una copia del texto donde se explica cada una de las notas características de la iglesia. Y se les pedirá que la lean, y que luego expongan las ideas fundamentales a todo el grupo. También podría invitarse a que elaboren un pequeño cartel donde se expongan las ideas fundamentales que encuentran en el tema.

PRFUNDICEMOS

IGLESIA UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTOLICA

En nuestro acercamiento al misterio de la iglesia, nos detendremos ahora en los atributos esenciales que ella tiene; y que son los que proclamamos en la profesión de fe, al decir: “Creo en la iglesia que es una, santa católica y apostólica” y lo haremos tratando de detenernos en el significado y las implicaciones que tiene cada una de estas afirmaciones.

1. UNA

Comencemos definiendo la iglesia como una. Para comprenderlo debemos partir de que la iglesia es un misterio de comunión, fruto de la acción del espíritu santo en ella; y que tiene por modelo perfecto a Dios trinidad.

Ya Jesús, en la llamada oración sacerdotal, que nos presenta San Juan en el capítulo 17 del evangelio, y en la que El, como nuestro sumo sacerdote, presentó la iglesia al Padre, nos dijo que la unidad habría de ser el distintivo de sus discípulos, para que así el mundo crea.

“No ruego solo por estos, sino también por aquellos, que por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno, como el Padre en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea, que tú me has enviado, yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí” (Juan 17, 20-24).

Vemos como, según las palabras de Jesús, la unidad es el mayor testimonio que podemos dar nosotros los cristianos, ante un mundo dividido por guerras y discordias; y por eso, Jesús pide que siguiendo el modelo de la Trinidad, donde el Hijo está unido al Padre en el Espíritu, también nosotros permanezcamos unidos.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta unidad?

San Pablo, en la Carta a los Efesios, luego de explicar el misterio de la iglesia, como convocación universal de Dios, se detiene a tratar el tema de las implicaciones concretas de esta comunión en la iglesia.

“Yo pues, preso en el señor, les ruego que anden como es digno de la vocación con que fueron llamados con toda humildad y mansedumbre, soportándose con paciencia los uno a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del espíritu, en el vínculo de la paz; un cuerpo y un espíritu, como fueron también llamados, en una misma esperanza de su vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, por todos y en todos” (Ef 4, 1-6).

Como vemos, San Pablo explica, que la unidad de la iglesia debe hacerse concreta en varios aspectos:

La preocupación y el servicio de unos por otros. Los cristianos no pueden vivir en el egoísmo y la indiferencia de unos frente a otros; sino todo lo contrario, deben sobrellevarse unos a otros con humildad y mansedumbre para mantenerse así unidos en el mismo espíritu.

Dejarse guiar por el espíritu que echa fuera toda división. San Pablo explica que el vínculo de la paz, lo mantiene el Espíritu, y que sólo dejándonos conducir por Él, podemos echar fuera toda división que destruye la unidad.

Mantenerse firmes en una sola fe. La unidad se manifiesta en que tenemos un solo Señor, en el que creemos, una misma fe que profesamos, una misma esperanza a la que nos sentimos llamados. Mantenerse unido a los hermanos, es esta confesión de la misma fe, es a su vez, señal de comunión con toda la iglesia.

SANTA

Es una expresión que debemos comprender muy bien, pues si miramos la realidad de la iglesia, que somos todos nosotros, nos descubriremos pecadores y necesitados de la gracia de Dios; pero entonces: ¿En qué consiste la santidad de la Iglesia?.

Lo primero que tenemos que decir, es que la Iglesia no es santa en sí misma, pues como lo comprobamos en nosotros mismos, esta sometida a la realidad del pecado, la iglesia es santa en su fundador, en Jesús que es santo (Cfr. Lc 4,34) y por la acción del espíritu santificador en ella.

Solo Dios es santo queda muy claro en toda la Sagrada Escritura; pero también queda claro que Él, nos llama a vivir como Él, en una vida santa. San Pedro lo explica así: “Como hijos obedientes, no se conformen a los deseos que antes tenían en su ignorancia; sino que, así como aquel que los llamó es santo, así también, sean ustedes santos en toda su manera de vivir, porque escrito esta sean santos porque yo soy santo” (1 Pe 1,14-16).

También San Pablo es consciente de este llamamiento, en el himno de la Carta de los Efesios afirma: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual, en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en El, antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él” (Cfr. Ef 1, 3-4). Y en la carta a los Colosenses da gracias a Dios que “nos ha capacitado para compartir la herencia de los santos en la luz” (Col 1,12).

Y de hecho en otras cartas, San Pablo saluda siempre a la comunidad cristiana, refiriéndose a ellos con el título de santos (Cfr. 1 Cor 1,2; Ef 1,1; Col 1,2).

Los padres de la iglesia, mirando esa realidad de la santidad de Dios, del pecado nuestro y, de ese llamado a la santidad, utilizaron una imagen muy llamativa para referirse a la iglesia. Hablaron de ella como el misterio de la luna, explicaban, que así como la luna no brilla con luz propia; sino, que refleja la luz del sol, así también la iglesia, aunque oscurecida por sus pecados, brilla en el mundo no con su luz; sino, con el reflejo de la luz del sol, que es Cristo, el verdaderamente santo.

Ahora bien, a esa meta de la santidad no se llega simplemente, por un esfuerzo meramente humano; sino, que a ella se llega ante todo a través de un camino serio y sincero de conversión, en el que el corazón, abriéndose de par en par a la gracia de Dios, se deja transformar por Él.

Y la iglesia misma nos ofrece lo que necesitamos para alcanzar esa santificación:

Los sacramentos que son la fuente de la gracia de Dios. El Bautismo, que nos purifica del pecado original, para hacernos hijos de Dios. La Reconciliación, que es el sacramento sanador del pecado, que renueva en nosotros la gracia bautismal y que nos devuelve a la vida de la gracia y la Eucaristía, misterio de santificación de Dios que nos alimenta, para transformarnos a imagen suya.

La oración que es la escuela de la santidad, pues en la escucha de la palabra de Dios se discierne su voluntad para la propia vida, y se puede revisar el itinerario de conversión.

La caridad con los hermanos, que es la escuela de santidad; de hecho aquella expresión “Ser santos como el Padre del cielo” (Lv 20,7; Mt 5,48); San Lucas la transforma en aquella otra “Ser misericordioso como el Padre del cielo” (Lc 6, 36) poniendo el énfasis en que la caridad es de suyo un camino de santificación.

Finalmente, no podemos perder de vista que la santidad en la iglesia no conoce un único camino, y debe ser asumida por cada uno en la vocación donde Dios lo ha puesto.

Aquellos que han sido llamados por parte del Señor a un ministerio ordenado, encontraran en la configuración con Cristo siervo (diaconado) con Cristo pastor (presbiterado) y con Cristo cabeza (episcopado) el camino concreto para vivir esa

vocación a la santidad; también, los que han sido llamados a la vida religiosa y consagrada, encontraran el camino de su santificación en la configuración con Cristo pobre, casto y obediente, a través del carisma propio en el que el Señor los ha puesto.

De manera especial, los laicos tienen un amplio espectro de acción, dentro de la Iglesia, en el que encuentran los caminos propios de la santificación a la que Dios los llama. Podemos hablar de la vida matrimonial como escuela de santidad, vivida en el amor y la fidelidad. La evangelización como tarea también de los laicos, en los distintos ambientes de la vida social, tarea que vivida con amor se convertirá en escuela de santidad. Finalmente, podemos hablar de la caridad que pueden ejercer los laicos de manera particularmente activa, como vía de santificación.

Aquí no podemos olvidar, que la Iglesia nos habla de la llamada “gracia de estado”; es decir, que en el lugar donde Dios pone a cada uno y en la misión que le encomienda; el Señor da unas gracias particulares, para que pueda cumplir a cabalidad, con todo lo que la vocación implica. Si esto es así, cada uno debe descubrir, en el lugar donde lo ha puesto el Señor, todos los medios para alcanzar la propia santificación, dejándose guiar por la misma gracia de Dios, San Agustín lo expreso diciendo: “Señor, dame lo que me pides y pídemelo que quieras”.

CATOLICA

La palabra católica quiere decir universal y revela la misión con la que Jesús instituyó la Iglesia.

“Por su parte los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verlo lo adoraron; algunos, sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del padre del hijo y del espíritu santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 16-20).

Este texto nos presenta la misión de Jesús y de la Iglesia a la luz de 4 todos:

Me ha sido dado todo poder: Jesús es el que ha venido para realizar la obra de Dios y ha venido no por su cuenta; sino, enviado por el Padre, que en el misterio de la resurrección, le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; es decir, lo ha constituido Señor (Cfr. Rom 1, 1-5).

Vayan y hagan discípulos a todas las gentes: Jesús que tiene todo poder, envía ahora a la Iglesia con ese poder a la misión, para que vaya a ser discípulos a todas las gentes. Este es quizá el todo en el que más quisiéramos centrar nuestra atención, porque es justamente el que mejor nos explica la dimensión de la catolicidad; la misión a la que Jesús envía a los suyos, no se detiene ante ninguna frontera geográfica, sino, que pretende acoger a todos los hombres, sin importar su raza y su cultura.

En la versión de este texto, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, Jesús traza el camino de la evangelización como una onda expansiva: “pero recibirán poder, cuando haya venido sobre ustedes el espíritu santo, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el confín de la tierra” (Hch 1, 8).

El deseo de Jesús es que todos los hombres puedan ser alcanzados por la novedad del evangelio que es fuerza de salvación para todos; y por eso, el llamado a ir hasta los confines de la tierra, un término que no es solamente geográfico; sino, también existencial, ir a todos los hombres, al corazón incluso de aquellos, que se encuentran alejados en las periferias existenciales de la vida, y llevarles la alegría del evangelio.

Enseñándoles a guardar TODO lo que yo les he mandado. El mensaje que los apóstoles ha de llevar, no puede ser nunca, un mensaje recortado o amañado. La iglesia se hace así testigo de la verdad de Jesús, en su totalidad, sin agregar o quitar nada según los caprichos del evangelizador sino en la fidelidad a mandato recibido.

Todo este depósito de la fe, la iglesia lo ha conservado a través de la Sagrada Escritura, y de la Sagrada Tradición, que la Iglesia custodia como un tesoro a través del servicio del magisterio.

Estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo. Es la promesa de Jesús en la que se ampara la iglesia, no nos sentimos solos en medio de la historia y de las dificultades y desafíos que ella nos presenta. Todo el trabajo de la evangelización, lo hacemos en compañía de Jesús que a través de su Espíritu nos guía, nos abre caminos, nos renueva, nos impulsa.

Esta es la verdad fundamental de la Iglesia, ella no camina solamente ayudada por las fuerzas humanas de sus miembros; sino, sobre todo apoyada y animada por las fuerzas de Dios (Cfr. Hch 5, 38-39).

El Papa Francisco, en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nos ha recordado que ese envío del Señor, es un imperativo para todos nosotros, que nos tiene que

poner en movimiento y que nos tiene que llevar a salir de nuestra comodidad para ponernos en estado permanente de misión como una Iglesia en salida.

En la palabra de Dios, aparece permanentemente, este dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (Cfr. Gn 12, 1-3); Moisés escuchó el llamado de Dios: “Ve yo te envío” (Ex 3,10) e hizo salir el pueblo hacia la tierra prometida (Cfr. Ex 3, 17) A Jeremías le dijo: “a donde quiera que yo te envío iras” (Jr 1,7). Hoy en ese “id” de Jesús están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia; y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cual es el camino que el Señor le pide, todos somos invitados a aceptar este llamado, para salir de la propia comodidad, y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio (Eg 20).

Ese ir a todas las naciones, pone siempre por delante, el reto de las nuevas circunstancias del hombre de hoy, donde los límites pueden ya no ser tanto geográficos, ante las diversas posibilidades de la comunicación, pero si limitantes existencialistas de un hombre envuelto en su egoísmo, encerrado en sus ocupaciones, envuelto en un mundo tecnológico que lo absorbe.

Ese es el reto que nos plantea la propuesta de una nueva evangelización. Hoy se abre ante nosotros nuevas realidades, que exigen evangelizadores creativos, con un nuevo método y sobre todo un nuevo ardor en el corazón, que se sientan comprometidos a hacer llegar la buena noticia de Jesús a todos.

Debemos recordar como comunidad evangelizadora que somos, que también nosotros debemos sentirnos comprometidos con ese mandato misionero del Señor, de “ir”, salir”. Debemos ser los primeros dispuestos, a anunciar a los demás lo que hemos visto y oído (1 Jn1, 1) para permitir el sueño de Jesús, de reunir a todas las ovejas en un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10, 16)

APOSTOLICA

En el relato de la ascensión del Señor, que nos trae el libro de los Hechos de los Apóstoles, aparece esta afirmación en labios de Jesús: “pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra (Hch 1, 8).

Como vemos, la misión del testimonio, es confiada por el Señor, a aquellos que habiendo estado con Él, fueron testigos de sus obras y de sus palabras y sobre todo habían sido transformados ellos mismos interiormente, en hombres nuevos.

Resulta de hecho significativo, que cuando Pedro invita la comunidad a escoger a uno que reemplace el lugar de Judas, ponga la siguiente condición “es necesario que uno de los que han estado en nuestra compañía durante todo el tiempo que el Señor Jesús permaneció con nosotros, desde el bautismo de Juan, hasta el día de la ascensión, sea constituido, junto con nosotros, testigo de su resurrección” (Hch 1, 21-22). Como vemos, la condición del apóstol aparece entonces, como la de testigo ocular, capaz de mantener la tradición que ha recibido de Jesús y de comunicarla luego a sus hermanos.

En Primera de Corintios 15, San Pablo nos muestra la conciencia que tiene la Iglesia primitiva de este ministerio confiado por el Señor a los apóstoles.

“Hermanos, les recuerdo la buena noticia que yo les he predicado, que ustedes han recibido, y a la cual permanecen fieles, por ella son salvados si la conservan tal como yo se las anuncié; de lo contrario, habrán creído en vano. Les he transmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí. Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la escritura, fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la escritura, se apareció a Pedro y después a los doce. Luego, se apareció a más de quinientos hermanos, al mismo tiempo, la mayor parte de los cuales viven aún y algunos han muerto ya, además se apareció a Santiago y de nuevo a todos los apóstoles; por último, se me apareció a mí, que soy como el fruto de un aborto, porque yo soy el último de los apóstoles y ni siquiera merezco ser llamado apóstol, ya que he perseguido a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no fue estéril en mí; sino, que yo he trabajado más que todos ellos, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios que esta con migo. En resumen, tanto ellos como yo, predicamos lo mismo y esto es lo que ustedes han creído” (1 Cor 15,1-11)

Como vemos San Pablo, define el ministerio de los Apóstoles a partir de dos aspectos fundamentales.

La experiencia personal que tuvieron de Jesús. Para ellos, Jesús no es una teoría, o una gran idea, sino que es ante todo una experiencia de vida producto del encuentro con El.

Esa experiencia los ha capacitado para que sean testigos. Y el testimonio, no es otra

cosa que la transmisión de esa experiencia de vida. A lo que San Pablo llama tradición, no es simplemente un cumulo de conceptos; sino, más bien, la vida misma del Señor, que alcanza a otros, a través del ministerio apostólico, capaz de transmitir vida.

Cuando afirmamos que la Iglesia es Apostólica, lo que hacemos es reconocer, que ella esta cimentada, sobre la experiencia de fe de los apóstoles, experiencia de la que ellos mismos fueron testigos.

Cuando el libro del apocalipsis afirma que, “la muralla de la ciudad (la nueva Jerusalén) se sienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del cordero” (Ap 21,14), de alguna manera está reconociendo que toda la Iglesia se asienta en la confesión de fe de los apóstoles, que se convierten, en columnas del edificio de Dios, que es su Iglesia.

Pero la apostolicidad de la Iglesia, no se refiere solamente a los doce apóstoles; sino, que continua en la historia, mediante el ministerio de los sucesores de los apóstoles: Los Obispos, quienes están puestos en la iglesia para garantizar que el testimonio de la tradición, que hemos recibido de los apóstoles se mantenga siempre vivo. Y por tanto, en cada lugar donde hay un Obispo, allí se hace presente la iglesia en torno a él y el testimonio de su fe.

En esta lógica, es que celebramos este sesquicentenario de vida de nuestra Arquidiócesis, recordando que cuando llegó a Medellín, el primer Obispo en el año 1868, Dios nos regaló un sucesor de los apóstoles capaz de confirmarnos en la fe.

PARA PROFUNDIZAR

El animador invitara a que se desarrolle un dialogo a partir de las siguientes preguntas.

¿Cómo podemos trabajar para vivir cada una de estas características de la iglesia en nuestro grupo y en nuestra parroquia?

¿Qué cosas entorpecen entre nosotros la unidad y cómo podemos trabajar para mejorarla?

¿Cómo podemos vivir mejor el camino de santificación que el Señor nos propone?

¿Qué compromisos debemos tener todos en el anuncio del evangelio?

¿Cómo podemos ayudar a fortalecer nuestra fe?

ORACIÓN FINAL

Para concluir, se invita a todos los presentes a que expresen una petición o un compromiso, que les haya quedado de este encuentro en los Evangelios y el nuevo testamento en general se refiere a la Iglesia.

